



Un momento de la intervención en la Conferencia de Seguridad del delegado soviético, el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko.

Vaticano— sobre el tema del Concordato. En cuanto a su intervención general —su discurso ante la Conferencia—, ha sido también muy ceñido a las peculiaridades españolas, como la reserva explícita de la cuestión de Gibraltar —España no acepta ningún «statu quo» en la consagración de las fronteras de posguerra que pudiera considerar a Gibraltar como posesión británica— y los temas permanentes de la política exterior española: la solidaridad con las naciones iberoamericanas y con los países árabes.

ESTE último punto tenía un especial interés, porque va ligado a la cuestión del Mediterráneo. Un tema que se ha convertido en violento por la explosiva personalidad de Don Mintoff, el maltés que lo ha defendido a voz en cuello y hasta con un portazo final. No son unos puntos de vista disparatados, aunque sí lo sea la expresión en un centro diplomático. Mintoff ha invitado a los soviéticos y a los americanos a desprender «sus sucios dientes del azul Mediterráneo». La posición de Malta consistía en que la cooperación y la seguridad en Europa «no pueden dar ningún resultado importante si se excluyen los problemas mediterráneos, en razón de que su país —quizá el más pequeño, el menos significativo, el menos armado— de todos los presentes— no estaba dispuesto a permitir que las grandes potencias trasladaran el centro de gravedad de los problemas al Sur de Europa. Malta proponía concretamente que Argelia y Túnez fuesen escuchadas por la Conferencia y que pudiesen participar en la fase de Ginebra. España abundaba en esta idea (López Rodó: «No olvidemos que estos países se han visto históricamente envueltos en las guerras europeas, y es lógico que cuando tratamos de asegurar una paz estable y duradera para Europa oigamos sus consideraciones»), y Francia llevó la voz cantante en el debate favoreciendo estas opiniones: otros países entendieron que no habría razón ninguna, en este caso, para negar audiencia y presencia a Israel, y el debate acabó sin solución (cuando ya Mintoff había tomado el avión para regresar a su isla, abandonando la Conferencia). Pero el tema del Mediterráneo es primordial y deberá reaparecer. Sin embargo, es preciso admitir que la aparición en este foro del conflicto del Oriente árabe, al que responden visiblemente las presencias soviética y americana en el Mediterráneo— aunque una y otra tengan objetivos y misiones más importantes o, sobre todo, por ello—, hubiese ahogado todos los grandes temas de la Conferencia.

LA primera fase termina, por lo tanto, como estaba previsto, como una anuencia general a lo tratado en la preparatoria y como un visto bueno a lo que se continuará en Ginebra. Una fase oratoria, de declaraciones de principios, de posiciones a grandes rasgos y también a rasgos locales, nacionales. Como idea general, cabe muy bien aceptar la que en forma de interrogación pronunció monseñor Casaroli, que cerró los discursos: «¿No se puede entrever en la raíz de todas estas tareas (las de la Conferencia) un "leit-motiv" que recuerda de una manera señalada el concepto y el sentimiento de la fraternidad entre los pueblos, aunque los hombres políticos, dedicados a los problemas prácticos, tengan probablemente alguna dificultad en admitirlo?».

LAS HORAS GRAVES DE CHILE

Cuatro carteras para el partido socialista, tres al comunista, dos para los independientes y una para cada uno de los grupos menores (movimiento de acción popular independiente, movimiento de acción popular unitario y cristianos de izquierda) forman el nuevo gobierno de quince miembros con el que el presidente Allende pretende llevar a cabo un «programa de urgencia», cuyos puntos principales son la austeridad económica, orden público y refuerzo de la autoridad de la administración. Inmediatamente ha recibido ya dos desafíos: uno de la extrema izquierda, otro de la derecha unida.

La extrema izquierda del FTR (Frente de Trabajadores Reunidos) considera que el programa es un retroceso con respecto a los objetivos revolucionarios que se propuso el gobierno, pero sobre todo desconfía de los contactos que Allende ha tenido con la democracia cristiana (el propio Allende ha declarado que ofreció una cartera al demócrata cristiano Castillo Velasco, rector de la Universidad Católica de Santiago, pero que el partido negó a éste su participación) y anuncian ya una huelga de carácter nacional, en la que probablemente intentarán la ocupación de tierras y de industrias. En cuanto a la derecha, una declaración conjunta de los partidos demócrata cristiano, nacional y radicales denuncia que se ha quebrado la institucionalidad del país, por haberse repartido armas a «elementos extremistas, la mayoría extranjeros»; que el actual ministro de Trabajo es el «incitador» de ese reparto de armas y apela al Ejército para que impida «la formación de un ejército extremista, en gran parte integrado por extranjeros y paralelo a las Fuerzas Armadas constitucionales».

Con respecto al diálogo con la democracia cristiana, Allende indica que continúa dispuesto a mantenerlo, pero sin renunciar a su programa esencial, mientras la democracia cristiana indica que lo aceptaría, pero sin salirse de la oposición en que se encuentra y

sobre la base de que el gobierno realice modificaciones programáticas que «restablezcan la normalidad democrática».

Por otra parte, se asegura que Allende está realizando gestiones muy activas con el FTR para que renuncie a las huelgas y las ocupaciones; trata de hacer ver a estos militantes que su actitud puede producir nuevos desórdenes y la intervención directa de la extrema derecha. Sin embargo, el FTR considera que la gravedad de la situación es tal que ya no caben negociaciones, pactos ni constitucionalidad, sino la apertura directa de la revolución, que de otra forma puede ser ahogada.

Es un enigma la actitud que pueda llegar a tomar el Ejército. Si la actitud del general Prats no ha ofrecido lugar a dudas en los últimos disturbios, en los que se colocó resueltamente al lado del gobierno, hay opiniones de que una parte importante de los generales y jefes no están al lado de Prats. También se sospecha que éste, convencido de su papel verdaderamente clave, decisivo, puede llegar a tomar una decisión por su cuenta, como la de erigirse en árbitro y mantener una situación de excepción, disolviendo el gobierno y el parlamento, para celebrar unas nuevas elecciones generales. Se especula mucho con la no participación de los militares en el gobierno recién creado. Según algunos rumores, éstos se han negado a sancionar con su presencia la continuidad del gobierno de Allende; según otros, es consecuencia de un acuerdo directo entre Allende y Prats para mantener al Ejército fuera de la lucha política, y dentro del papel de neutralidad que le atribuye la tradición chilena.

Las palabras de Allende al anunciar su gobierno, en las que dijo que el país no solamente ha pasado por horas muy difíciles, sino que la dificultad y la gravedad continuarán en el futuro, no se consideran de ninguna manera exageradas. La tensión es muy alta y puede resolverse de una manera violenta en cualquier momento.